Las sirenas

Uno a uno íbamos entrando en la sala, en realidad no sabíamos a qué estábamos a punto de asistir, lo cierto es que éramos periodistas de todos los medios locales, también pude reconocer corresponsales de algunos medios nacionales, e incluso uno que otro de algún país vecino. Era todo muy extraño, yo era un periodista de artículos científicos en un periódico de tirada respetable, es verdad que no era el New York Times precisamente, así que completaba mi salario con artículos de prensa rosa firmados con un seudónimo por vergüenza a una disciplina que consideraba poco menos que respetable, aunque más rentable que los artículos científicos. De vez en cuando incluso escribía guiones para viñetas humorísticas que otro colega del periódico caricaturizaba, y con idéntica complicidad nos gastábamos en cervezas en una sola noche, los pocos billetes que habíamos ganado en la hazaña.

Ese día había periodistas de diferentes índoles, hasta dos periodistas deportivos de una radio de frecuencia modulada se habían acomodado con todo su desparpajo, tropel de gritos y señas desinhibidas.

A medida que entrábamos, un hombre de porte señorial vestido con traje de sepulturero nos entregaba una especie de auriculares unidos por un cablecito delgado a un pequeño aparato que, creí adivinar en un primer momento, se trataba de un traductor, ya que la disertación sería interpretada por alguna personalidad, quizá no hispano parlante.

A los pocos minutos de haber entrado en la sala, una señorita muy elegante, de falda larga y estrecha, una camisa blanca muy escotada y con un pañuelo atado al cuello haciendo juego con el color del pintalabios, se paró en medio del escenario y advirtió a todos los presentes que la exposición iba a dar comienzo de un momento a otro, para ello deberíamos acatar unas pequeñas normas de forma ineludibles, y se iban a tomar pequeñas medidas necesarias para que todo se desarrollara con normalidad.

Explicó que se bajarían las luces un poco, y de un momento a otro comenzaría a montarse en el escenario detrás del telón lo que veníamos a ver, pero era imprescindible no quitarse los audífonos bajo ninguna circunstancia y evitar en la medida de lo posible hacer alboroto.

Lo que se iba a presentar podría ser fotografiado o filmado cuantas veces lo deseáramos, pero recomendó hacerlo cuando la disertación hubiera terminado para no perderse detalle alguno de la explicación.

Dicho esto, la joven se retiró por el lateral del escenario y comenzó a notarse movimiento detrás del telón, a medida que se bajaban levemente las luces. Tan discreta fue la diferencia, que los menos perspicaces, no se dieron cuenta de ello.

Al cabo de unos pocos minutos, el telón se retiró mitad a cada lado como en todos los teatrillos de ciudad pequeña, y un hombre de unos 50 años se encontraba en el centro del escenario, con una bata

de maestro de escuela, unas gafas de culo de vaso y unos pelos desalineados a propósito para demostrar que era él el científico a cargo de todo. A su lado había un gran estanque transparente lleno de agua que casi no recibía luz, por lo que era muy difícil reconocer lo que había en su interior, al otro una pantalla sobre la que se proyectaba la imagen de un pez diseccionado, y una composición que parecía un juego de anatomía de ciencias naturales de niño, donde se le habían mezclado las piezas, y nadie se había tomado el trabajo de poner en su sitio.

Escamas, dedos, pelos largos y morenos, se mezclaban en una especie de taburete inclinado, sobre el que reposaban las piezas, a la lógica inmediata, desordenados, pero que evidentemente se encontraban en un ininteligible orden premeditado.

El hombre del escenario no dijo palabra alguna hasta que el murmullo de la sala cesó por completo; entonces dio un paso adelante, encendió el micrófono y con toda solemnidad, saludó a los presentes sin recaer en discriminar a personas, medios ni grupos.

—Buenas tardes, sin lugar a dudas, os preguntareis a qué se debe esta convocatoria con tanto despliegue. Evidentemente no es un asunto para dejar caer en saco roto, estamos hablando de uno de los hallazgos científicos más importantes de los últimos cincuenta años. Primeramente, insisto en que no os quitéis los dispositivos de filtro que se os han entregado, es de vital importancia que mantengáis esos dispositivos en funcionamiento, ya comprenderéis a qué se debe en su momento.

Nadie acababa de identificar lo que este hombre intentaba exponer con los artilugios que se veían en el escenario, pero tampoco existía ansiedad o curiosidad, de hecho, algunos amagaban con salir ante la primer distracción del ponente.

—Desde hace muchos años, el ser humano ha creado en su imaginación, basándose en hechos reales, seres mitológicos para sustentar sus creencias y sentirse protegido de sus temores, así como poder justificar sus males y desdichas. Muchos de esos seres mitológicos son más reales de lo que muchos pueden llegar a pensar, en esencia casi podríamos decir que no existe un solo ser científicamente irreal que no tenga sustento en algo que sea tan tangible como el pan de cada día. Centauros, cíclopes, gnomos, fantasmas, hadas, brujas, espectros, cómo puede nuestra ciencia ser tan necia de cerrarse a la posibilidad de que millones de cosas se le escapan, como puede la ciencia ignorar que en culturas completamente diferentes, alejadas miles de kilómetros, en épocas distantes, se hayan idolatrado seres completamente iguales. Este tipo de coincidencias podríamos aceptarlas si fueran una, dos, o simplemente un pequeño amasijo de anécdotas, pero si estamos hablando de que en la historia podemos encontrar cientos, por no decir miles de casos como éste, no es viable dejar de reconocer que estos seres, ajenos a lo científico, son tan reales, al menos en gran medida, que debemos tomarlos en serio, ya que no toda su realidad se limita a esconder un tesoro al final de un arco iris, o a tocar una flauta junto a un lago para que las ninfas bailen a su alrededor. Algunos de estos seres son peligrosos para la raza humana y están esperando el momento para entrar en el mundo que conocemos.

Dicho esto, comenzó a sentirse un murmullo que ponía de manifiesto la disconformidad de la audiencia, casi todos se sentían timados y llevados a un sitio donde no querían estar, esta vez el orador, no dio importancia al ruido y siguió con su monólogo.

—Les voy a hablar de uno de esos personajes, pero mejor aún, les voy a demostrar su existencia, vuelvo a recomendarles que no se

quiten los sistemas de sonido de sus oídos porque estarían comprometiendo su vida.
Cuando mencionó la posibilidad de que alguien podría dejar la vida en ese sitio, la avidez de sangre de los periodistas les distrajo por un momento de su malestar, y le dio al científico un pequeño margen para que se explicara.
—Hablaremos hoy de las sirenas.
El silencio se hizo de repente, y el científico aprovechó para asegurarse la atención de su gente, porque en ese momento ya era su gente...
—No solo vamos a hablar, vamos a poder ver una verdadera sirena.
Fue entonces cuando nadie podía, fuera cual fuese su nivel de incredulidad, negar, a pesar de ello, la posibilidad de que ese hombre presentara públicamente una sirena mereciera al menos el esfuerzo de quedarse allí un poco más.
—Las sirenas, a lo largo de la historia, han sido consideradas seres adorables, de infinita belleza y dulzura, capaces de cautivar a los hombres más reacios a mirar una dama. En los libros, solo una vez se ha hablado de ellas con desaliento y frustración, se trata del libro de a bordo de Cristóbal Colón, quien en su primer viaje aseguraba haber visto sirenas tomando sol en los islotes pedregosos del Caribe, en él aseguraba que poco se parecía la belleza de la que siempre se hablaba con la poco gratificante figura que en realidad tenían, ni siquiera su voz era tan encantadora como la mitología atribuía a esas damas del mar. En efecto, es comprensible que cualquiera, después de varios meses encerrado en un camarote, desesperado por encontrarse a una mujer aunque fuera en trozos, al encontrarse con un montón de focas a las que no había visto nunca, le traicionara la ansiedad y creyera ver lo que creyó ver.

En la mitología, muchas veces se habla de ellas, quizá el pasaje más conocido es el de Teseo en la odisea, según dicen, tapó los oídos con cera a su tripulación y se hizo atar al palo mayor del barco para oírlas, habiéndoles amenazado de muerte a quienes le soltaran.
Esto ponía de manifiesto el nivel cultural del interlocutor ya que en realidad el personaje al que citaba era Ulises y no Teseo.
—La odisea cuenta otras aventuras posteriores antes de su regreso a los brazos de Penélope, quien le esperaba con una lista inmensa de pretendientes, más interesados por su trono que por su cuerpo. La verdad histórica es que esa fue la última aventura de Teseo, que fue cambiada de orden cronológico para no poner en duda la grandeza y astucia del héroe. Cuando éste llegó a rescatar de sus pretendientes a su amada, ni su hijo lo reconoció, la verdad sea dicha, porque no era él quien se presentó, diciendo ser el rey perdido por tantos años.
» Sus hombres, que a esa altura de los acontecimientos eran muy pocos, perdieron por completo el oído, ya que al meterles cera derretida dentro, los gases incandescentes acabaron con toda esperanza de volver a escuchar, no obstante, eso les salvó la vida ya que ningún tapón, por efectivo que fuera, sería suficiente para anular el canto de las sirenas.
» La verdadera historia nos mostraría a un Teseo enloquecido por completo atado al mástil de su barco, con un nivel de raciocinio cero e incapaz de recuperar su cabeza en todo lo que durara su existencia. Se pasaría el resto de su vida errante, sin esperanzas ni motivaciones, buscando el canto que le hipnotizó alguna vez hasta morir finalmente de algún modo absurdo, e incluso, de hambre.
» No es solo cuestión de vulnerabilidad del hombre ante estos seres, estamos hablando posiblemente del ser más maligno que jamás se ha tenido conocimiento.

» Existe en la naturaleza gran cantidad de depredadores que cazan sin cuartel, pero siempre movidos por su instinto de supervivencia, con el afán de alimentarse, de alimentar a sus crías, de defenderse, en cambio las sirenas son seres malignos por definición.

» Gozan viendo el sufrimiento humano, disfrutan de ver a una persona despojada de su identidad, de sus ilusiones, incluso de su mismo cuerpo. Un carnívoro es capaz de matar todo aquello que pueda comer, una sirena mataría todo lo que pudiera ver, y lo que no también lo mataría.

» Detrás de una figura delicada y sugestiva, se esconde el arma más letal que la naturaleza ha puesto sobre la tierra.

En ese momento, se encendió la luz que debía iluminar el estanque que se encontraba a su derecha, y como por arte de magia, surgió desde lo más alejado del auditorio, e impactando contra el cristal del frente, una figura femenina a toda velocidad. Ostentaba una cola escamosa y azulada, con un par de aletas en la punta, su torso de mujer veinteañera se encontraba completamente desnudo, y todo el tiempo permanecía sumergida en el agua. Parecía como si intentara hablar con total delicadeza, pero no podíamos escuchar nada de lo que decía. Una vez más, el científico nos recordó lo peligroso que podía llegar a resultar quitarnos los sistemas de protección auditivos, mientras nadie le prestaba atención y caían sobre el estanque una ola infinita de flashes, al tiempo que los que no tenían una cámara intentaban descubrir dónde estaba el truco.

Nadie acababa definitivamente de creerse lo que estaba ante nuestros ojos, evidentemente David Coperfield ha hecho mucha mella en nuestro poder de credulidad respecto de lo que vemos, pero por mucho que buscáramos el truco no lo encontrábamos, y la

mujer, o lo que fuera, se encontraba completamente sumergida en el agua.
Por más de una hora, el científico se explayó en los detalles anatómicos y evolutivos de ese ser, haciendo recurrente hincapié en la maldad que ponían de manifiesto, en cada cosa que hacían.
La verdad sea dicha, todos estábamos perplejos ante el espectáculo, y mientras algunos se esmeraban por capturar millones de imágenes, los demás seguíamos palabra por palabra lo que se decía, para acabar siendo los que más supiéramos de las sirenas antes de salir del auditorio.
A poco de comenzar la disertación, el ponente advirtió que existía un detalle que tenía más relevancia que ninguno de los datos que iba a dar, y que cambiaría la historia de forma definitiva y sin regreso. Teniendo en cuenta esa advertencia, a nadie se le hubiera ocurrido abandonar la conferencia sin ese detalle, a la vista estaba que no podíamos dejar pasar la oportunidad periodística de nuestras vidas.
Intenté llamar por mi teléfono móvil a la redacción, pero el teatro estaba construido como tantas construcciones antiguas de tal modo que no había cobertura en su interior, por lo que intenté salir a la sala de espera para llamar desde allí, o al menos desde el teléfono público que se encontraba junto a la cafetería, pero cuando lo intenté el hombre del traje oscuro me increpó advirtiéndome que no era posible volver a entrar a la sala si salía, y que me quedaría sin conocer el detalle más importante del descubrimiento.
Volví a mi asiento con el pecho golpeándome a toda velocidad por la ansiedad de que la ponencia llegara a su fin, por el deseo incontenible y vocacional de comunicar la noticia de mi vida. Estaba con esta idea en mi cabeza, cuando el científico hablaba del sistema de respiración de la sirena sujetando con una mano uno de los

trocitos de la sirena diseccionada, y con la otra, un puntero con el que señalaba la sirena del estanque que permanecía casi inmóvil y vocalizando como si cantara una misma frase una y otra vez.

En ese momento, un hombre pequeño, calvo y de voz grave pero potente increpó al disertante, acusándole de estar insultando su inteligencia con semejante tontería.

El científico detuvo su monólogo y con toda serenidad invitó al hombre a compartir nuevamente con todos su postura.

El hombre aprovechó para explayarse en su tesitura, sin ser interrumpido ni una sola vez para defender la ponencia por ninguno de los miembros del equipo de investigación. Cuando hubo acabado, o al menos se sintió incómodo para seguir quejándose, el científico le dijo:

—Esperaba que alguien planteara una posición semejante a la suya, por lo que voy a darle la oportunidad de que se quite las dudas por usted mismo, suba a nuestro escenario y podrá colaborar con la ciencia a partir de su postura.

El hombre, con un aire de soberbia, subió al escenario por la escalera que se encontraba en el extremo opuesto al estanque, y mientras caminaba hacia el científico escrutaba los trozos de sirena disecados con cierta sonrisa arrogante.

—¿Está usted convencido de que todo lo que he dicho es una fantochada?

—Usted ha oído lo que pienso —respondió el hombre sin mirarle a la cara.

—Entonces estaría dispuesto a colaborar con la ciencia y con sus colegas periodistas para demostrar no solo la falsedad con respecto a la existencia de las sirena, o al menos de ésta, y todo lo que les he dicho a su respecto.

—Para eso he subido.
—Da a entender entonces que no temería en quitarse el sistema de interferencia sonoro que le protege.
—Déjese de tonterías de una vez, y no nos haga perder el tiempo con trucos de televisión, me saco estos auriculares ahora mismo y...
—Espere, antes de quitárselos deberíamos desconectarlos, ¿cuál es el número de su aparato?
Sin saber qué buscaba, comenzó a analizar el artefacto hasta que dio con el número, y un asistente se acercó a algo que parecía una bandeja mezcladora de sonidos, como las de las discográficas, e indicó al disertante que cuando él lo dispusiera lo desconectaría.
El hombre se acercó al estanque acompañado por el científico, y no pudo disimular la cara de sorpresa al encontrarse frente a la sirena. Ella le miró a los ojos y pareció hablar más alto, aunque era imposible escuchar su voz, seguramente por el dispositivo de bloqueo.
El hombre parecía cautivado por lo que veía y daba la impresión de haberse convencido de la verdadera existencia de esos seres.
En ese momento, el científico hizo señas a su asistente para que desconectara del sistema de bloqueo de sonido al oyente desconfiado, y al instante éste comenzó a moverse como poseso, parecía desconcertado, y una expresión de absoluta felicidad embargó su rostro, era como si una extraña droga le hubiera afectado de forma repentina y le provocara un placer incapaz de ser definido.
Dio algunos pasos errantes en un pequeño sector pegado al estanque, como si un futbolista estrella intentara evadir a tres adversarios frente a la portería rival, de súbito dio un salto como queriendo meterse en el estanque, y aunque no lo logró, con un movimiento magistral de la sirena que apenas se asomó unos

segundos del agua, lo cogió por las manos que tenía levantadas y pegadas al cristal y lo metió casi sin salpicar en el estanque.
En cuestión de diez segundos, y sin perder la sonrisa, destrozó pieza por pieza el cuerpo del hombre calvo, dejando flotar en todas direcciones brazos, piernas, trozos de costillas sesgadas, y lonjas de piel. El estanque todo era un remolino dentro del que a duras penas se podía ver por culpa de la sangre que había tintado por completo el cubículo en el que permanecía el espécimen, que a su vez, con paciencia y uno por uno, se comió todos los trozos en los que desmontó el cuerpo.
Los presentes quedamos anonadados ante la inmutable expresión de vencedor del disertante, que sin decir palabra demostraba lo que estaba pensando en ese momento.
Nadie se movió ni siquiera un centímetro de sus butacas, ni se atrevió a decir ni preguntar nada. La sirena, por su parte, cuando hubo comido el cuerpo del hombre calvo sin dejar ni siquiera los huesos, se quedó también quieta y retomó su canto inaudible, mientras al respirar podíamos ver cómo le entraba por la nariz el agua ensangrentada, y la despedía completamente limpia por la boca.
Necesitó solo unos diez minutos, para que el estanque en su totalidad se encontrara nuevamente lleno de agua impoluta, y las luces denunciaran nuevamente la indiscutible belleza de la mujer pez.
—Si os habéis sorprendido, me temo que aún os queda por encontraros con lo mejor— dijo el científico con un tono de autosuficiencia.
En ese momento comprendí que aunque lo que tuviera que decirnos fuera muy importante, estábamos en la sala tantos periodistas que todos los medios dispondrían de la misma información, por lo que no

estaría a mi alcance destacarme tal y como yo, y cada uno de los presentes, pretendíamos al finalizar la conferencia.
Entonces comprendí también que si bien no podría decir nada de lo que los demás no estuvieran en conocimiento, podría ser el primero en dar la noticia, aún sin conocer el gran secreto del final que todos los medios acabarían por difundir con, o sin mí.
La estrategia era clara, todos, en su afán de conocer y anunciar el gran secreto, se encontraban dentro de la sala, porque no les estaría permitido volver a entrar si salían, por lo que decidí salir, aun cuando no tuviera la información completa. Iba a ser así el primer comunicador que diera la noticia. El mundo entero oiría de mis labios el gran descubrimiento.
Me puse de pie en medio del silencio, fruto del desconcierto que dominaba la sala, y salí consiguiendo evadir al guardia que, al instante, puso la cancela a la puerta por donde salí y me siguió a pesar de que yo le daba a entender que no me interesaba lo que me estaba diciendo. Aún no había cerrado la puerta, y la gente poco a poco comenzaba a discutir, algunos ofuscados por la forma en la que había muerto el hombre calvo, otros eufóricos por conocer más detalles y olvidarse del difunto que al final de cuentas había subido voluntariamente.
Pude, en mi camino, ver en la antesala cuatro monitores donde se proyectaba todo lo que ocurría en la sala, y donde controlaba el guardia de seguridad que no hubiera imprevistos. Apretando el paso, llegué al teléfono junto a la cafetería y comencé a marcar, pero el guardia me quitó el teléfono y me dijo:
—Debería haber terminado de escuchar la disertación, es una falta de respeto para el ponente levantarse a mitad de discurso.

Antes de que pudiera darle alguna excusa, noté como se sorprendía mirando de reojo los monitores, que desde donde yo me encontraba no podía verlos, y tras pensar unos segundos, volvió sobre sus pasos y se quedó perplejo. Yo me acerqué a mirar lo que ocurría también.

Dentro de la sala, la discusión se había convertido en acalorada y algunos menos diplomáticos comenzaban a darse manotazos. En ese mismo momento, uno de los periodistas de la primera fila, un hombre robusto y desalineado, arrancó una butaca, e intentó lanzársela a otro periodista que había subido al escenario para increpar al ponente, con tal mala puntería que la butaca cayó de lleno en el aparato parecido a un mezclador de sonidos que emitía la señal de bloqueo de la sirena.

Bastó una fracción de segundo para que todos se volvieran completamente locos, saltando y moviéndose como si estuvieran bajo un ataque convulsivo. Los más próximos al escenario se arrojaron unos tras otros dentro del estanque, colapsándolo hasta romperlo, los demás, completamente irracionales, seguían dando tumbos de un sitio a otro golpeándose entre sí, y rompiendo todo cuanto estaba a su alcance, evidentemente ya no escuchaban a la sirena, porque ésta se encontraba aplastada debajo de una montaña de personas y fuera del agua que se había escurrido por el suelo.

Poco tiempo fue necesario para que las luces del escenario comenzaran a caer, los telones a desgarrarse y las personas a darse golpes entre ellos y a sí mismos sin sentido alguno. El guardia, con toda astucia, no quitó la cancela de la monumental puerta que presidía la entrada, por lo que nadie fue capaz de salir por sus propios medios. Antes de media hora, todo estaba en llamas y no fue hasta que llegaron los bomberos alertados por los sistemas automáticos que alguien intentó hacer algo por esos pobres hombres

atrapados por su ambición de saber y desvelar los misterios que nos rodean.

El incendio fue impío, nada pudo salvarse del interior de la sala, solo unos pocos pudieron ser rescatados de las filas más altas que quedaron refugiados en un pliegue de la estructura, fruto de los errores arquitectónicos del edificio. Fueron siete los rescatados, todos con quemaduras graves y la razón perdida para el resto de sus vidas. Solo el guardia de seguridad y yo podemos dar testimonio de lo que ese día sucedió dentro del teatro, ambos presos por genocidio, evidentemente nadie se creyó el relato de las sirenas y prefirieron acusarnos de encerrar a esa gente e incendiarlos vivos. Nos han acusado de fanáticos religiosos, de esquizofrénicos, de mitómanos, de paranoicos y de toda palabra esdrújula que se encontraron en el diccionario.

Al final de cuentas, la sirena acabó con la vida de todos, todos y cada uno, como dijo el científico que haría si la dejábamos.

Y así fue, acabó con todos, los que murieron, los que están postrados en el psiquiátrico luego de recuperarse de sus quemaduras, y de nosotros dos, los que esperamos en el corredor de la muerte al ser declarados culpables de innumerables cargos de asesinato premeditado.